

Ensayo

Toros en televisión

José María Rodríguez Tejerina

Nadie se imaginaba hace unos lustros, luego del fracaso de aquella primera retransmisión, que asistiríamos a las principales corridas de toros que se celebran en España y en Hispanoamérica, sin movernos de nuestras casas; gratuita y cómodamente sentados en un sillón. Y que llegaríamos a comprender, gracias a las doctas explicaciones de los locutores de turno, los misteriosos ritos de la llamada "fiesta nacional". En qué consiste, por ejemplo, entrar a matar "recibiendo", quieto el diestro con los pies juntos, o en el menos dificultoso lance del "volapié", que inventara *Costillares*. Y, sabríamos diferenciar la muerte del cornúpeta "en la suerte natural", es decir, dándole salida al toro hacia el centro del ruedo, o "en la contraria" haciéndolo camino de la barrera. Podemos, además, observar en primeros planos, los rostros de los matadores, tensos, preocupados, cuando se disponen a realizar el paseíllo. Y, volvemos a verlos después, durante la brega, pálidos, sudorosos.

Decía Antonio Díaz Cañabate que los toreros suelen reflejar en su semblante, "una melancolía rayana en la tristeza". Sonríen fugazmente, ríen, a veces, con estrépito. Mas, tienen siempre los ojos mustios, ausentes. Debe ser angustioso tener que jugarse la vida tarde tras tarde, desafiando los afilados pitones de un toro. Esta lucha entre la verticalidad de un hombre vestido con un absurdo "traje de luces", y la embestida de la sombra oscura, ciega, horizontal, de un morlaco.

Pocas veces dio a la imprenta don José Ortega y Gasset noticias sobre la tauro-

maquia. Pero, después de su fallecimiento, se encontraron unas cuartillas inéditas, preparatorias de un libro, *Paquiro o las corridas de toros*. Unos apuntes sobre la fiesta; un brindis que no llegó a pronunciar en un homenaje a Domingo Ortega; una carta que tampoco arribó a su destino y que pensó enviar a José M^a de Cossío, con motivo de haber publicado éste el primer tomo de su libro, *Los toros*.

Es harto curioso que Ortega se declare en esos papeles, "no ser aficionado a los toros", cuando lo eran por entonces otros intelectuales muy amigos suyos: Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, José M^a de Cossío. Mas, asegura, presuntuoso que conoce la historia del tereo "mejor que nadie". Don José admiraba las corridas "este espectáculo que no tiene similaridad con ningún otro", "una realidad de primer orden en la historia española de los últimos siglos". Desde 1650 hasta nuestros días. Y se asombra del arcano que supone el que la especie bovina del toro bravo se haya perpetuado en España, mientras desapareció en el resto de Europa.

El *Bos Primigenius*, el toro salvaje, el *auerochs* de los alemanes, el *thur* de los polacos, el que viera y cazara Julio César en su viaje a las Galias y al que denominó *urris*, fue un animal enorme, de aparatosa cornamenta, peligrosísimo. Que pobló los bosques europeos hasta la Baja Edad Media. ¿Por qué extraños caminos arribó esta arcaica especie zoológica a la Península Ibérica y se afincó en ella?

Apunta Cossío unas discutibles hipótesis; el *Bos Taurus Celtius* habría existido en España, ya en la Prehistoria, como atestiguan las pinturas rupestres halladas en una caverna de Candamo y las encontradas en unas cuevas de Albarracín, y las cabezas de toro, unas estatuillas, rescatadas en Costitx, Mallorca. Luego, este *Bos Taurus Hispánico*, se cruzaría con una raza, también brava, procedente de Egipto, corpulenta, de una capa más oscura, negra retinta o colorada, grandes cuernos, lomo ensillado, algo cóncavo; el

Bos Taurus Africano. Especie que, a su vez, se mezclaría con el *auerochs* europeo dando lugar, definitivamente, al *Bos Taurus Iberucus*, el actual toro de lidia. Cuya cría, para dedicarlo a espectáculos taurinos, comienza a partir del siglo XVIII. La casta fundacional más conocida es la de Vistahermosa. Y se atribuye a *Pepe-Hillo* un primer tratado sobre tauromaquia, a pesar de que éste diestro apenas sabía escribir. Un libro más extenso lo escribió, también presuntamente, Francisco Montes, *Paquiro*, en él aconseja que, "el toro ha de tener casta, edad, libras, buen pelo, salud, y que no haya sido toreado nunca".

El apellido, según Ortega y Gasset, más antiguo de torero que se conoce, con una bien adiestrada y disciplinada cuadrilla, no fue el de un andaluz, sino el del vasco Zاراcondago. Aunque cuenta la leyenda que la actual suerte del toreo a pie, surgió un día, en Ronda, Málaga, en el campo de equitación de la Real Maestranza de Caballería, a comienzos del "dieciocho". Un noble que, a caballo, "a la jineta", alanceaba un toro bravo, como lo hicieran tiempos atrás, el Moro Gazul, el Cid Campeador y Carlos V, fue derribado y quedó aprisionado bajo su montura. Un aprendiz de carpintero, Francisco Romero, logró, agitando su sombrero de ala ancha, atraer al astado. Francisco, abuelo del celeberrimo Pedro Romero, inventaría después la muleta, "el engaño" que, con sus movimientos oscilantes, es capaz de provocar la embestida de los toros de casta. La muleta, el principal instrumento de la lidia, es un palillo con un pincho en uno de sus extremos, del que pende una capa encarnada que utiliza el maestro para "poner en sazón" al toro y poder consumir "la suerte suprema"; estoquear con éxito a la res. La muleta, en un principio, era un trapo blanco, de lino, cáñamo o algodón. Mas tarde de franela, de un tejido semejante a la lana. Y de variados colores; rojo, amarillo, azul. Que se escogían según conviniera a la embestida del toro. Finalmente se emplearía ya, sólo, la muleta de

color rojo, quizás por ser este color el de mayor longitud de onda en el espectro.

La muy antigua historia del toreo a pie ha pasado por diversas fases; de estado y transición. Son sus hitos más conocidos los toreros, Pedro Romero, Joaquín Rodríguez, *Costillares*, José Delgado, *Pepe-Hillo*, Francisco Montes, *Paquiro*, José Redondo, *Chiclanero*, Francisco Arjona, *Cúchares*, Rafael Molina, *Lagartijo*, Salvador Sánchez, *Frascuero*, Rafael Guerra, *Guerrita*... Sin olvidarse de don Luis Mazzantini, Antonio Sánchez *el Tato*, Antonio Carmona, *el Gordito*, Ricardo Torres, *Bombita*, Vicente Pastor; y tantos otros. Y, en la "época de oro", Juan Belmonte y José Gómez, *Joselito*.

Damos un brinco en la Historia y, en nuestros días, nos encontramos con que una televisión rudimentaria, en blanco y negro, inaugura, en 1948, sus pruebas con una novillada que se celebra en la plaza de Vista Alegre, en Madrid. La experiencia que se presenta en el Círculo de Bellas Artes de la capital de España, previo pago de la entrada, no resulta; apenas si se ve nada y el público reclama le devuelvan el importe del billete. Años después, sin embargo, el 20 de mayo de 1964, la "tele", más perfeccionada, nos permite conocer a un nuevo mito del firmamento taurino; Manuel Benítez, *el Cordobés*, en el coso de las Ventas. Es una tarde lluviosa y el discutido torero sufre una grave cogida.

La magníficas corridas de toros que nos ofrece hoy la televisión nos acercan, sí, al conocimiento detallado de la lidia. Pero nos apartan de su fascinante contemplación "en vivo"; del placer de vivir su ambiente, cálido, populachero, obsesivo. Que enloquecía a nuestros mayores hasta el punto de inducir a los frailes a colgar los hábitos para hacerse toreros; a empeñar los muebles y el colchón a los menestrales, ávidos de sentir el contacto, casi sensual, de los artifices de la fiesta; de vibrar con los compases de *El gato montés*; de vociferar frenéticamente, y

emborracharse, en fin, de sol, pasión, sangre; sed de gloria.

La pequeña pantalla, detrás de su frío cristal, nos muestra, lejano y aséptico, el espectáculo bárbaro, inimitable, de la "fiesta nacional". Vislumbramos las siluetas impalpables de unos varones disfrazados con prendas de colores bordadas en oro y plata, que ofician el rito cruel de

inmolar, con una espada y "sosegada prisa", a una feroz bestia milenaria.

El poder contemplar, desde nuestros hogares, merced a la moderna televisión en color corridas de toros, es una asombrosa conquista de la ciencia. Pero que, con certeza, dejaría visceralmente insatisfechos a los vehementes aficionados de antaño.